



II Sección: Memorias, testimonios e historia política

Memoria del Secretario Político del Partido Vanguardia Popular, San Isidro de EL GENERAL, San José, 1948¹

TESTIMONIO DE FRANKLIN CHACÓN ESTRADA EN LA GUERRA CIVIL DE 1948

Lenin Chacón Vargas
Investigador Independiente, Costa Rica
leninchacon47@hotmail.com
<https://orcid.org/0000-0002-7353-1203>

Recibido: 15 de agosto de 2018
Aceptado: 30 de setiembre de 2018

Resumen: Crónica testimonial política del líder comunista Franklin Chacón Estrada, en San Isidro del General. Guerra Civil de 1948.

La Crónica política de un líder comunista desde los primeros días de la guerra civil de 1948, en la ciudad de San Isidro del General de la provincia de San José de Costa Rica. Memoria política de los preparativos de lo que sería el ataque militar por fuerzas extranjeras y nacionales para el control de esta ciudad y de este modo inicia la guerra civil. Esta ciudad fue defendida por varios días por fuerzas leales al gobierno calderonista y por grupos comunistas finalmente son vencidos, teniendo muchas pérdidas humanas, y los líderes militares de la Legión del Caribe controlan a la población, haciendo presos políticos a muchos como el autor de este testimonio que narra con autenticidad los días de cárcel y episodios sobresalientes, como el del fusilamiento abortado por el compañerismo masón. Y los actos valerosos de los hombres al mando de Carlos Luis Fallas Sibaja y Comandante Tijerino.

Palabras clave: Crónica; Franklin Chacón Estrada; San Isidro de El General; Guerra Civil de 1948; Costa Rica

¹ Aclaración:

Este documento testimonial de don Franklin Chacón Estrada, ha sido custodiado en archivos familiares de valor, recuperado y transcrito, he considerado oportuno publicarlo en la Revista Estudios, para su conservación y divulgación, en este año de la conmemoración histórica de los 70 años de la Guerra Civil en Costa Rica (Lenin Chacón (hijo).



La Revista Estudios es editada por la [Universidad de Costa Rica](http://www.ucr.ac.cr) y se distribuye bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 3.0 Costa Rica](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/cr/). Para más información envíe un mensaje a revistaestudios.eeg@ucr.ac.cr.

Memory of the Political Secretary of the Popular Vanguard Party, San Isidro of EL GENERAL, San José, 1948 TESTIMONY OF FRANKLIN CHACON ESTRADA IN THE CIVIL WAR OF 1948

Abstract: Chronic political testimonial of the communist leader Franklin Chacón Estrada, in San Isidro del General. Civil War of 1948.

The political Chronicle of a communist leader from the first days of the 1948 civil war, in the city of San Isidro del General of the province of San José de Costa Rica. Political memory of the preparations of what would be the military attack by foreign and national forces for the control of this city and in this way initiates the civil war. This city was defended for several days by forces loyal to the Calderonist government and by communist groups finally defeated, taking many human losses, and the military leaders of the Caribbean Legion control the population, making political prisoners to many as the author of this testimony that narrates with authenticity the days of jail and outstanding episodes, such as the one of the execution aborted by the masonic companionship and the valiant acts of the men under the command of Carlos Luis Fallas Sibaja and Commander Tijerino.

Key words: Chronicle; Franklin Chacón Estrada; San Isidro de El General; Civil War of 1948; Costa Rica

“Preso peligroso”

Presentación

Crónica de guerra y testimonial de Franklin Chacón Estrada de la Guerra Civil 1948. Líder político del Partido Vanguardia Popular. Nacido en San José en 1917 y fallecido en 1974, en San José. Artesano y Talabartero independiente.

“... A las tres de la madrugada del amanecer del 12 de marzo de 1948, a solo 6 horas de haber fracasado el parlamento, -entre Vanguardistas y Calderonistas - sobre el Plan para la defensa de San Isidro del General, la primera bala de los atacantes traspasaba una de las puertas de mi casa, a la altura de la cabeza de uno de los hombres que montaba guardia. Esta primera bala sería la chispa que encendería la hoguera de la ocupación y asalto de San Isidro del General... luego,



fuimos sometidos a intenso fuego de balas y granadas por espacio de dos horas y media...”

Así narra, Franklin Chacón Estrada aquel dramático amanecer que dio inicio a la Guerra Civil de los 40 días, entre Caldero-comunistas y Ulatistas- Figueristas. Miles de muertos y desaparecidos, llenaron tumbas comunes sin cruz, sin nombre, en el centro de San Isidro Del General, donde yacen hasta el día de hoy. Bien merecen la antorcha eterna encendida en honor al miliciano desconocido.

Este episodio de la Historia Patria acontecido en San Isidro Del General, Franklin Chacón Estrada nos lo cuenta “*sin veneno y sin pasión*” con dolor, por memoria y por dignidad, cuenta la verdad y nos dice: “*Mi verdad, es mía. Otros tendrán la suya* “. Nos la dice con honestidad, la verdad de la tristeza de aquel drama que marco a toda una nación y por supuesto, a la familia Chacón Vargas, como a miles de familias costarricenses

Con heridas en el alma, aunque cicatrizadas, nos cuenta en una crónica de guerra, aquellos pasajes, sin rencor, con afán reconciliador y amoroso hacia el prójimo.

Nos cuenta la Verdad de la tristeza, sin intención de “herir ni revivir discordia” lo hace como “humilde aporte a la celebración del año de la Paz el 3 de junio de 1973”.

Franklin, mi padre, llegó a San Isidro del General 1941, donde creció como pequeño empresario de talabartería y zapatería, creció familiarmente, dos hijas y tres hijos, creció políticamente, forjó con temple el Partido Vanguardia Popular, fundó 8 células, - (así llamados los comités de estudio y acción política de los comunistas) y se desempeñó como Secretario General del Partido. Creo Ligas Campesinas y promovió la primera cañería de agua potable con caña de bambú.

De nada valieron sus reclamos al Gobierno de Teodoro Picado para que aportaran armas y hombres para defender la Ciudad. En vano sus propuestas de plan de estrategia y táctica para repeler la invasión de Ulatistas- figueristas, que



terminaron por apoderarse de la ciudad, el aeropuerto, con aviones que movilizan desde Guatemala, por esta vía, armas y hombres de la Legión Caribe.

Cuando todo estaba consumado, y el Gobierno local optó por esperar y desmovilizar a los milicianos convocados por EL Secretario Político de los Comunistas, Franklin Chacón optó por una nueva verdad, la verdad del refugio, el repliegue, el atrincherarse en su propia casa, en su propio negocio en el centro de la ciudad, junto a su familia y algunos de sus camaradas.

Y Franklin nos sigue contando de manera mesurada sin alardes ni amarguras, *“Continuaba la lluvia de proyectiles sobre las paredes de la casa...a las 5 y 30 ya ha cesado la balacera y tomaban la casa y todas las pertenencias y para siempre. El primer acto de aquella dramática madrugada llegaba a su fin...”* *“Salgan todos o volamos la casa”* – gritaron los alzados-

A papá y a sus camaradas los detienen y son llevados a la cárcel, los familiares, mujeres, niñas y niños dirigidos por mi madre Luz Milda Vargas Rojas y encabezados por la abuelita Agapita Rojas, emprenden camino a la montaña a buscar refugio en casa de familias campesinas amigas, que generosamente ofrecieron techo y alimento durante aquellos largo 40 días de Guerra.

A San Isidro de El General papá nunca regresó. Le nació una nueva verdad. La verdad que escuchaba de oídas de lo que sucedía en aquella ciudad que se vio obligado a abandonar:

“...venganzas de los victoriosos, linchamientos, saqueos de hogar y hacienda de lo que era una floreciente industria del cuero levantada en 7 años de trabajo abnegado y sacrificado”. Franklin Chacón Estrada, decidió no volver a San Isidro de El General, no quiso enfrentar o revivir en el lugar de los hechos la tristeza de aquella verdad.

Me siento orgulloso de mi padre por su valentía, coraje y convicciones en su conducta antes, durante y después de la guerra civil, de mi madre, siento orgullo, fue valiente, con estoicismo soportó aquellos momentos y los que, durante muchos años vinieron y vivimos, por la persecución y la discriminación por



razones políticas, por la militancia dentro de un Partido que había sido proscrito en 1948. Mi madre desde muy joven, obrera de las fosforeras, con una conciencia lúcida de su vida a la par de aquel hombre que se había iniciado como obrero artesano en la “Talabartería la Mexicana”, después de haber conocido innumerables oficios, de carpintero, albañil, hojalatero, Scout Máster de la Tropa de San José, finalmente se especializó como talabartero fabricante de monturas, zapatos, bultos escolares, zapatos y bolas de fútbol, y beisbol, un maestro artesano del cuero.

Franklin Chacón Estrada, hijo de Emma Estrada Smith y de Roberto Chacón Guevara, cartagos emigrantes por la fuerza del terremoto de 1910 hacia Aranjuez de San José, el Barrio que lo vio nacer y al que amo por siempre, donde dejó sus últimos suspiros de vida. Nos enseñó a amar EL Barrio, donde crecimos en infancia y adolescencia feliz, estimulados por sus entusiasmos y aficiones, practicábamos todos los deportes, nos enseñó a ser caminantes y visitantes cuidadosos y agradecidos de los ríos y nos enseñó todos los juegos posibles de entonces al aire libre, nos enseñaba a ser libres, a reflexionar y leer, y nos contaba con alegría todos los cuentos, los que el inventaba y los de mi Tía Panchita y las aventuras de Julio Verne, así nos acercaba al sueño reparador. De Papá aprendimos a amar al prójimo, a ser fraternales con los amigos, a querer y honrar a la familia. Nos enseñó a respetar las creencias de los demás y nos permitió vivir la experiencia de la práctica cotidiana del catolicismo durante muchos años junto al abrigo de la Tía Cabita, su hermana mayor, mujer profesora de religión, protectora y amorosa de toda la familia de los Chacón Estrada.

Después de haber sufrido el calvario de la prisión y la constante amenaza de fusilamiento o linchamiento, trasladado a diferentes cárceles o improvisados campos de concentración en diferentes lugares, lo liberan el primero de mayo de 1948. Por sus medios se dirige al Barrio Aranjuez y ahí encuentra a su familia. Con la fortaleza de sus propias convicciones y de su amor a la familia, reinicia la



vida con cinco hijos y una más por venir. En la década de los 50s, nacieron dos, para completar 8 hijos; 4 mujeres y 4 hombres.

Al mismo tiempo que luchaba por restablecer y organizar un taller propio de talabartería y zapatería en el Barrio Aranjuez, trabajaba meticulosamente por unirse a los hombres y mujeres que desde la clandestinidad iban tejiendo las redes de comunicación y acción política, refundando células, distribuyendo a escondidas el semanario de los comunistas, “ Adelante”, asistiendo a las reuniones hasta construir la célula 701, con Arnoldo Ferreto Segura, la Maestra Alicia Lobo Rivera y su esposo profesor Carlos Escalante, con el artesano Fabián Soto, entre otros camaradas que se reunían de martes a martes...

Fundó equipos de futbol en el Barrio, luchó y logró por medio de una Junta Progresista y miles de firmas, que el terreno de lo que llamábamos la “ SELVA” o “ EL BAJILLO” se entregara a la Junta Progresista para construir ahí el POLIDEPORTIVO...Organizó encuentros familiares y de vecinos en ese bajillo....en la despedida en el cementerio obrero el 26 de junio de 1974, Arnoldo Ferreto Segura, amigo y camarada de años y vecinos del barrio, lo despidió entre otros muchos, con estas palabras ...

”Durante el año 1948 lo encontramos en San Isidro del General donde es reducido a prisión y amenazado de muerte en los días de la guerra civil. El comunista Franklin Chacón Estrada no flaqueó en presencia del peligro ni en presencia de las tremendas dificultades a que se veía sometida su familia en una época en que todos sus hijos estaban pequeños...a la hora de su muerte era miembro de la Dirección Política del Partido en la provincia de San José...la de Franklin, fue una vida de trabajo ejemplar...nadie en el barrio dedicó más tiempo y entusiasmo a fomentar el deporte que él, estimuló entre los jóvenes del barrio inquietudes y aficiones sanas...” termina, Arnoldo Ferreto Segura sus palabras... ”en nombre de la célula 701 rindo homenaje al compañero desaparecido con un nudo en la garganta pero orgulloso de haber sido su amigo y camarada” .





Franklin Chacón Estrada se casa con Luz Milda Vargas Rojas en 1939. Unos días después, solicita su ingreso al Partido Vanguardia Popular y ahí hasta el día de su partida a la eternidad. *“La nueva verdad que conocí al ingresar al Partido, me cerró muchas puertas, -afirmaba- al mismo tiempo que se reafirmaba “, me di por bien pagado, porque esta nueva verdad me abrió las puertas del entendimiento y me ató a la HISTORIA” y para siempre*

Asiduo lector desde su adolescencia. En la relación con otros obreros del ramo, encontró el periódico “Trabajo” donde a decir de él encontró respuestas a sus inquietudes sociales, entre 1936 y 1939 hasta su Matrimonio y su ingreso al Partido.

Esta crónica se publica a los 70 años de aquellos días de La Guerra Civil de 1948. No para retrotraer episodios dolorosos y dramáticos de la vida de miles de costarricenses. Ni para decir borrón y cuenta nueva. No. Al recordar esos acontecimientos lo hacemos por dignidad y por memoria histórica. Para que nunca más las guerras fratricidas sean medio para superar los males de una nación. Sí, para que se reconstruyan todas las verdades, las verdades de los vencedores y las verdades de los vencidos. Para que aprendamos de nuestra Historia, la Historia completa, sin parches ni manipulaciones. La verdad al fin. La tristeza de la verdad, la alegría de la verdad. Para que las nuevas generaciones y su formación sea más integra y más humana. Para que nos importe más la vida de los que vivieron construyendo este país y hagamos de él un mejor país. Más justo y más humano.

A mi Papá, así lo recuerdo siempre. Mientras, seguiré siendo guardián de esta memoria y de sus ideales de fraternidad, solidaridad y justicia para los hombres y mujeres de esta tierra que él tanto amó.



TESTIMONIO DE FRANKLIN CHACON ESTRADA EN LA GUERRA CIVIL DE 1948

No trato en esto de escribir una mini-autobiografía. Como se trata de apuntes históricos, lógico es que como no soy historiador, tenga que relacionar a mi modesta persona y de lo que a mí alcance pude recopilar. Si en algunos hechos que narro alguien tratara de encontrar veneno o pasión, me sentiré defraudarlo. No es esa la intención. En el momento que escribo han pasado veintiún años de aquellos sucesos. Peino canas, ya sereno, con la templanza que dan los almanaques, su sucesión acumula la mías en los cabellos y esto nos hace más serenos, más cautos y más amorosos hacia nuestro prójimo.

Muchas personas de las que aquí cito, dichosamente aun viven. No es mi intención herir ni revivir discordias. Comprendo que esto está expuesto a la crítica, mi verdad es mía, cada cual tiene la suya, pero no estoy inventando cosa alguna.

En Marzo de 1948 llegaban a su clímax los preparativos del levantamiento en armas, del Partido Unión Nacional, jefeados por José Figueres, compuesto en aquellos días, como todos lo sabemos, de algunos jóvenes refugiados en las fincas de Figueres (refugiados por razones que los más conocemos) y por guerreros mercenarios pertrechados y preparados en Guatemala y que se llamó Legión Caribe. De todos era conocido, con más razón por el Gobierno, de que estábamos a las puertas de una guerra civil.

En los mediados de febrero recibí en mi casa a un delegado de Vanguardia Popular, quien venía a ponernos al tanto de lo que se avecinaba y a aconsejarnos las medidas preventivas que se debían tomar en el momento que notáramos hechos o movimientos que indicarían que llegábamos a la “hora cero”, en que se creía que ocurriría el levantamiento. En aquel entonces, era yo Secretario General del Comité de Sector de Vanguardia Popular en aquel cantón, (Pérez Zeledón), dicho comité se componía de ocho células, a saber: dos en el centro, (Ureña o San Isidro) una en el distrito de Daniel Flores, (Palmares) una en el distrito del General Viejo, una en el Bajo de la Palma, una en Peñas Blancas y dos en Platanares, al Sur del Río Pacuare.

En los sectores de Peñas Blancas y Platanares funcionaban sendas organizaciones campesinas, de franca simpatía hacia Vanguardia Popular. En el segundo, por medio de la C.T.C.R., Confederación de Trabajadores de Costa



Rica, habíamos dotado de parcelas de entre veinte y treinta hectáreas, a unas veinticinco familias campesinas, entre las que se contaban algunas, emigradas de la Zona Bananera del Sur. Desde luego que para lo anterior se peleó ante los juzgados y autoridades militares, pero con el Partido al frente, los campesinos supieron hacerse respetar, y los supuestos dueños terratenientes perdieron la partida. Justo es reconocer que el Gobierno de Calderón Guardia en sus últimos meses, con la consigna de que: “La Tierra es del que la trabaja”, (consigna también de Vanguardia Popular, por supuesto) y en los primeros años del Gobierno de Teodoro Picado, no intervinieron, al menos oficialmente, en favor de los terratenientes, pese a que uno de ellos, militar en el grado de “Comandante de Zona”, era primo del Presidente Picado. Sirva lo anterior para que se comprenda la intensidad con que los ciudadanos vivieron estos hechos históricos, especialmente en lo que el autor atañe.

En mi calidad de secretario y por consejo del delegado mencionado antes, convoqué a los secretarios de las distintas células, quienes en el término de la distancia se presentaron en el local del Partido. Los pusimos en antecedentes de lo que se avecinaba y trazamos los planes preventivos del caso. Lógico es que pusiésemos en antecedentes, hasta donde las circunstancias lo permitían, al jefe político y al del Resguardo, quienes estuvieron anuentes en pedir al Gobierno Central, que reforzara a esas dos dependencias, tanto en hombres como en armas. Dos días después recibíamos el “considerable refuerzo”, a saber: dos soldados del famoso Cuartel Bella Vista, el uno era un anciano, por su aspecto, que por su edad, de cincuenta años, muy delgado, de semblante enfermizo, y paticojo por las callosidades de sus pies. El otro, un muchachito de 14 años, desnutrido, alto y muy delgado, charlatancillo, al que sus padres, por castigo lo habían enganchado en aquel cuartel. Los dos armados de viejos fusiles Remington viejos que al parecer les pesaban mucho. Portadores de otro no menos “enorme arsenal” de cinco fusiles más, de iguales calidades y un centenar de balas... ¡Ah!... olvidaba decir que también eran portadores de “un saludo afectuoso y lleno de fe en la victoria”, del Ministro de Gobernación Francisco Calderón Guardia”...

En vista de lo anterior y por mi cuenta y riesgo, llamamos a los militantes, a que voluntariamente se presentaran todas las tardes, a las cinco, a prácticas de



entrenamiento estratégico y táctico sobre el mismo terreno en que debíamos operar, levantando mapas o planos de todos los puntos estratégicos; como ríos, montes, etc., a más de caminatas, formas de ataque y defensa. A nuestro leal saber y entender y esperando el implemento bélico adecuado para la defensa, una tarde sí y otra también, nos llegó la “hora cero” sorprendiéndonos “bien armados”... ¡De fe!

Ante la indiferencia del Gobierno Central cundía el desaliento, especialmente entre la mesa calderonista, muy reducida en aquel lugar, lo que dio para que el entonces jefe político de Pérez Zeledón hiciese abandono del puesto, huyendo junto con su familia, lejos del General, dejando acéfala aquella dependencia. El entonces jefe político era Luis Barrantes, de filiación calderonista. Esto ocasionó que nos reuniésemos los dirigentes del llamado “Bloqueo de la Victoria” y que a priori, nombrásemos provisionalmente un jefe político, lo que recayó en la persona del estimado caballero Don José Mora, el maestro de escuela retirado, quien dicho sea de paso, dolorosamente fue la primera víctima de las balas de los alzados. Su nombramiento fue reconocido oficialmente al día siguiente.

En los primeros días de marzo, un emisario de Vanguardia Popular, proveniente de San José, se presentó en mi casa, era el camarada Gonzalo (Chalo) Cartín, (q.e.p.d.) quien llegaba a exponer el plan que el Partido tenía para la defensa de San Isidro, en que tomaríamos parte activa los Vanguardistas. Se estaba en antecedentes de que en aquella semana de marzo tratarían los ulatistas, de dar un golpe en aquel lugar, del que seríamos nosotros el blanco. Los pertrechos para la defensa aún no llegaban. En aquella zozobra transcurrían los días, mientras las radioemisoras y los periódicos de ambos frentes atizaban la pira de las pasiones políticas con su guerra de nervios. Un día, el 11 de marzo llega un radiograma de Paco Calderón (Ministro) y que redactado en clave decía: “Hoy llega pertrecho suficiente, bombardean campos de aterrizaje hoy mismo, de no hacerlo, tendremos sorpresas desagradables mañana”. Fui citado a la Jefatura Política para ponerme al corriente de lo anterior. Allí mismo se dispuso que cada bando calderonista y vanguardista, citasen a los más allegados para una reunión en la noche de ese día, para preparar la defensa. Así se hizo.

Serían los cinco de la tarde, ya se habían reportado de cuerpo presente, cuarenta camaradas vanguardistas y unos seis o siete calderonistas, fuera de unos quince,



entre policías y guardas o siete calderonistas, fuera de unos quince, entre policías y guardas fiscales y algunos empleados de dependencias oficiales. Esas autoridades citadas, estaban armados de revólveres viejos y los cinco fusiles que había enviado el Ministro de Gobernación.

Serían las siete de la noche cuando en compañía de los militantes de Vanguardia: Luis Jiménez, José Fco. Morales y el simpatizante Rómulo Salas, (Regidor Municipal y diputado electo en elecciones de febrero de 1948 (q.e.p.d.), nos dirigimos al local de la Jefatura Política, en el que estaban presentes entre otros; el jefe político don José Mora, el jefe del Resguardo don Jesús Anselmo Barrientos, Director de la Escuela del Centro y don Vicente Mata. Había llegado la encomienda del Ministro... “Diez candelas de dinamita!... había que volar tres campos de aterrizaje, a saber: el del centro de San Isidro, de más o menos quinientos metros de largo por setenta y cinco de ancho, el antiguo en desuso, llamado de Pavones, a unos quince minutos del centro a pie y el de Dominical, situado en la Costa del Pacífico, a unos treinta y cinco kilómetros de San Isidro. Todo debía ejecutarse esa misma noche. Hasta ahí las cosas, podría hacerse el tanteo de hacerles algunas cosquillas el campo de aterrizaje del centro, cosa que se hizo y que en verdad fueron cosquillas, amén de algunas grandes troncos que fueron dispersadas por el campo. Más lo indecible fue lo siguiente: a) con unos rifles más, que nos fueron enviados sumaron en total doce; b) dichos rifles debían permanecer en el local de la jefatura y en el del Resguardo y en manos de sus componentes y, c) Los voluntarios particulares debían permanecer en guardia y a la orden de las autoridades militares, para esperar tranquilamente el primer brote, sin ningún plan preconcebido. Olvidaba decir que el hijo del Jefe Político don Joaquín (Piquín) Mora, (q.e.p.d.) se había agenciado un rifle (o metralleta) “Mosquetón” de magazín de treinta y cinco tiros, en algún cuartel de San José.

Así las cosas, nosotros los Vanguardistas desechamos “el plan” que consideramos descabellado, proponiendo el siguiente, ya preconcebido sobre la realidad de la topografía del lugar y de los recursos humanos y mecánicos de los bandos contendientes, que por cierto en la parte de recursos humanos, el bando ulatista era aplastantemente superior; a) con la rapidez del caso, inventariar todas las armas en manos de oficiales y particulares, las que a lo que sospechábamos sumarían cerca de setenta y cinco; b) Distribuir en dos grupos, revueltos militares



y milicianos, acantonados en puntos estratégicos ya estudiados por nosotros, en el perímetro del lugar, con sus enlaces en el centro y lugares claves para la defensa, c) organizar lo del comestible, y d) intervenir vehículos motorizados, así como otros medios de comunicación, como el del Radiotelégrafo oficial y el de las compañías de aviación. Se consideraría de inmediato, la conveniencia de detener a los cabecillas de la insurrección, que ese día pululaban en el pueblo de San Isidro.

El plan nuestro no fue aceptado, aduciendo por todos los medios, que “debíamos tener confianza en que la policía, los guardas y los dos soldados, llegado el momento sabrían proceder y que sólo nos pedían que estuviésemos a la orden de ellos”. No hubo forma de convencerlos de la magnitud del peligro, ni de lo temerario de su plan. Así las cosas decidimos los Vanguardistas, irnos cada cual para su casa y procurar resguardarse lo mejor posible. Acto seguido me dirigí al local del Vanguardia. A los camaradas que allí esperaban órdenes, les narré lo sucedido en la jefatura, luego les recomendé que: “cada cual se fuese a casita a la mayor brevedad, para que procurasen ponerse a salvo”, como quien dice: “¡sálvese el que pueda, o apague y vámonos!”.

Así se hizo, yo por mi parte organicé la defensa de mi casa, en la que junto con dos hermanos míos, teníamos un taller de talabartería y zapatería. En la casa que hacía unos días habíamos estrenado habitábamos en la planta baja; mi señora esposa, tres sobrinos suyos, nuestros cinco hijos y mi señora suegra (q.e.p.d.). En la planta alta, siete operarios zapateros y uno de mis hermanos. Tres días antes, estábamos en el patio de la casa, uno, como a manera de refugio, (por lo que potis) aunque fuese sólo para los niños. La tierra de ahí extraída nos sirvió luego, para llenar con ello, unas cuantas cajas de cartón y madera, con lo que protegimos las paredes laterales y las puertas que eran de madera, no así su frente que era de concreto de cemento, de un grueso considerable y hasta una altura de un metro. También nos ayudamos con cueros, material de trabajo, que teníamos en cantidad suficiente. Esta prevención nos sirvió para que no reportásemos víctimas.

Días antes, entre mis hermanos y los operarios del taller, veníamos montando guardia, en turnos de dos horas y dos hombres por cada uno. A las tres de la madrugada del amanecer del día 12 de marzo, a sólo seis horas de haber



fracasado el parlamento para “el plan de defensa de San Isidro”, la primera bala de los atacantes traspasaba una de las puertas de mi casa, a la altura de la cabeza de uno de los hombres que montaba guardia y que milagrosamente no dio en el blanco. Esta primera bala sería la chispa que encendería la hoguera de la toma de San Isidro del General, Dota y Tarrazú.

Luego de esto fuimos sometidos a un intenso fuego de balas, granadas, etc., por espacio de dos horas y media. Huelga decir, que ordene a todos los que ahí habitaban, que permaneciesen acostados en el suelo de la planta baja de la casa, pues no disponíamos de armas para la defensa, salvo, un revólver treinta y dos cortos con cinco balitas en su mazorca. No quedaba más que esperar con calma el desarrollo de los acontecimientos, con la “fe” puesta en que los guardas y policías “dieran buena cuenta de los alzados”. Cuando nuestra casa era atacada por un pelotón de unos treinta hombres al mando de quien sería luego, “Coronel” Domingo García, Don José Mora, el jefe político, quien vivía a setenta y cinco varas al Oeste de mi casa, salió de la suya, procedido de su hijo Joaquín, a más o menos veinticinco varas de distancia y disparando su mosquetón. Ante aquel inesperado ataque, nuestros atacantes se replegaron hacia el este, calle abajo, unas cincuenta varas distantes de nosotros. Don José y su hijo continuaron avanzando hacia donde los atacantes se parapetaron, en esos instantes alguien vociferó: “¡Alto ahí!... ¿Quién vive?” a lo que don José respondió: “Aquí quien vive y manda soy yo...” Esas fueron sus últimas palabras; instantes después su cadáver yacía en el medio de la calle acribillado por las balas del pelotón del “Coronel” Domingo García. La balacera continuó ahora más nutrida que antes, mientras el mosquetón de Piquín ya no tarareaba. El había sido mortalmente herido en cuatro partes de su cuerpo; dos balas se alojaron en su abdomen, una en el fémur derecho y la otra en la tibia también derecha. Días después moría en el hospital del Seguro Social. Por la puerta de la cocina que da al patio él golpeaba y me llamaba con vos lastimera. Casi a rastras lo introdujimos en la casa, sangraba abundantemente y portaba aún el mosquetón del que ya había disparado los treinta y cinco tiros de su mazorca. Lo acostamos en el suelo, él, valientemente, pese a su estado, con muchos costos, extrajo algunas piezas de su arma y me las entregó con la recomendación de esconderlas en lugares distintos, con muchos costos, extrajo algunas piezas de su arma y me las entregó con la



recomendación de esconderlas en lugares distintos. Para calmar sus ayees de dolor, no teníamos a mano más que dos “pastillas orientales” (que vomitó instantes después), y un poco de agua sedativa con la que restañamos en algo sus heridas.

Desde un costado de nuestra casa, el camarada de origen nicaragüense, Oscar PARRALES, valientemente retenía al pelotón en el lugar citado antes, armado de sendos revólveres calibre treinta y ocho largo, pronto agotó su parque y hubo de retirarse a su casa, distante unos veinticinco metros de la nuestra.

Continuaba la lluvia de proyectiles sobre las paredes de la casa, de las que muchas, penetrando, iban a hacer blanco en el maderamen interior, algunas rebotaban cayendo luego inofensivamente al suelo, pero impresionantes al fin. Serían más o menos las cinco y treinta de la mañana, cuando cesaba la balacera. Sólo voces de mando y algunos vehículos motorizados daban la bulla... ¡Caía el telón, indicando que el primer acto de aquella comedia daba a su fin!

SEGUNDA PARTE LOS ULATISTAS DUEÑOS DE LA SITUACIÓN

A las voces de: “! Salgan todos o volamos la casa!...” fuimos saliendo los hombres que ahí habíamos. Nos condujeron presos al local que ocupaba el Club Ulatista, el que ya estaba repleto de prisioneros, sin faltar allí las autoridades que “darían buena cuenta de los insurgentes”. Con nosotros, en ese momento sumábamos unos setenta y en las horas que precedieron continuó aumentando el número de detenidos. Por otro lado, se dedicaban los alzados a reclutar partidarios para engrosar su ejército, los que llegaban en oleadas.

No obstante que estaban posesionados del Cantón de Pérez Zeledón (Valle del General) del de Dota y Tarrazú, los cuales eran los cantones en donde el Ulatismo dominaba abrumadoramente en contingente humano, se aprovechaba la feliz ocasión de que era la época en que los comercios y las fincas estaban abarrotados de granos y mercadería en general. Era verano, las cosechas asistían a la “repela” de su recolecta.

Entre muchas ventajas apunto dos más: como es sabido, la compañía Ralph Mills, firma yanqui que era la encargada de la Carretera Interamericana, tenía sus



planteles en San Isidro (Ureña), que por cierto estaban muy bien acondicionados con mucha maquinaria, con mucho personal, especialmente tractores, los que luego les sirvieron para desde luego con la anuencia de los altos jefes de esa compañía, para con un revestimiento de láminas de acero rellenas en cemento, sirviesen de tanques de guerra. Así, amparados a la bandera de Estados Unidos, los ahí tanques de guerra, así guarnecidos, en el punto más estratégico de San Isidro, pudieran atacar sin ser atacados.

Ese detalle trataré de narrarlo en la ocasión en que este ensayo histórico llegue a ello, en el desarrollo de la guerra civil. La otra ventaja fue que se adueñaron de tres aviones modernos de las compañías nacionales de aviación Taca y Lacsa. Para que se observe la astucia ante la inoperancia del Gobierno, narraré la forma cómo se adueñaron de los aviones mencionados, maniobra en que los principales participantes fueron los pilotos, Macho Núñez, Victory, Guerra, Escalante y Juan I. Pérez. Sucedió más o menos de la siguiente forma: a muy tempranas horas, a la vez que intervenían el radiotelégrafo oficial, el capitán Macho Núñez en compañía de Roberto Valdeperas (q.e.p.d.) y otro que no recuerdo su nombre, intervinieron la radio de Taca, cuyo operador era Rodrigo de la Paz, en aquellos tiempos simpatizante de Vanguardia Popular. Este operador fue obligado bajo amenaza de muerte, a ponerse a la orden de los insurrectos. Aquel día, a eso de las seis o siete de la mañana, aterrizaba el primer avión, en el vuelo número doce, vía San Isidro, Volcán de Pérez Zeledón, Quepos y San José, (lugar de procedencia) a la orden del piloto Víctor y su copiloto Vanolli, de Taca, quienes de acuerdo con los mencionados antes denunciaron a la central de Taca en San José, la avería del tren de aterrizaje y yo que sé qué otros daños en su avión, en el vuelo número doce, vía San Isidro, Volcán de Pérez Zeledón, Quepos y San José, (lugar de procedencia) . Ese mismo día aterrizaban dos aviones más. El segundo avión llegaba piloteado por Juan I Pérez y el tercero piloteado por el Capitán Guerra, trayendo repuestos. Ya contando con tres potentes aparatos, ese mismo día remontaba el vuelo un avión tripulado por Víctor y Escalante, rumbo a un lugar de Centroamérica, presumiblemente a Guatemala. El 14 de marzo regresaba trayendo a bordo el resto de la Legión Caribe y muchas armas y municiones. Ya el día anterior había entrado por tierra una avanzadilla, entre los que destacaba un llamado Capitán Ortega. Dicho sea de paso, con ellos codeábase ese día el



“Macho Núñez”. Por lo reluciente de las armas que acompañaban a la Legión, se deducía que eran nuevas, del tipo máuser y mosquetón, así como ametralladoras, en la que sobresalía una muy grande del tipo “maxim” de sitio, granadas y desde luego, cajas con parque. Eso nos fue posible observarlo desde nuestro cautiverio, porque además de la euforia que causó la llegada de la Legión, por lo que hubo mucha ostentación, nuestra cárcel de ese momento, estaba en la segunda planta de un edificio (club Ulatista) que daba al costado Norte de la Plaza de fútbol, (hoy parque de San Isidro). Para que se comprenda el por qué nos dábamos cuenta de muchos decires y acciones de ellos, me voy a permitir narrar una anécdota que presenciamos y que encierra ella mucho del proceder tradicional tico. Es como sigue: cuando un oficial de la Legión creo que el mandamás, llegó donde estábamos presos (Calle al frente), preguntó:

-¿Hay muchos presos?--- -Alguien contestó:

-¡Uf... sí!

-Como cuántos?-

-¡Ud... más de cien!

-¿Qué piensan hacer con ellos? ...! No, no!... ¡Eso es una carga para esta aventura!...

-¿Qué quiere que hagamos?... ¡No podemos soltarlos!

-¡Pero hay que salir de ellos como sea... si es necesario hay que fusilarlos!... Un tercero intervino en el diálogo: (creo que fue don Joaquín Barrantes, (q.e.p.d.) ¡No señor... no olvide que somos costarricenses y que aquí no acostumbramos esas cosas!... Desde luego que ese día no hubo fusilamientos, pero es de todos sabido que en días sucesivos reventaron chacales por doquier, que se gozaron con estos “entretenimientos”.

El día 14 de entre los presos del Club Ulatista, nos trasladaron a los que creían “útiles o peligrosos”, a la cárcel del lugar y cuya nómina es la siguiente: Rómulo Salas, Roberto Madrigal, Vitorvo Delgado, Oscar Parrales, José F. Álvarez, Jorge ora, Virgilio Arce, Nora Mora, Luis Jiménez, Omar Zúñiga, Luis E. Vaglio, Teodoro soto, Franklin Monge, Gonzalo Gutiérrez, Jesús Montero y sus hijos Héctor y Luis y desde luego, a quien éste escribe.

El resto de los presos fue trasladado al teatro General, situado 200 varas al oeste de la iglesia, entre ellos sumaban mis dos hermanos Ricardo y Rogelio y los siete



operarios del taller. Si me ocupo en narrar algunos detalles relacionados con asuntos propios, lo hago con el fin de que se observe que no estoy inventando, sino extrayendo de mi diario de preso los apuntes que a mi leal saber y entender son más objetivos, en lo que se refiere a aquellos acontecimientos al mes de marzo de 1948 en San Isidro, de el General y que son ignorados.

Los “presos peligrosos” fuimos trasladados bajo fuerte custodia a la cárcel distante 100 varas al sur, sea en la Jefatura Política que constaba de cuatro celdas de madera con algunas rendijas. Dichas celdas medían aproximadamente un metro de ancho por tres de fondo, con su piso de cemento. Estos daban a la calle y fueron cercados guardando un espacio o patio reducido, con doble cerca de alambre de púas, muy tupida y de unos tres metros de alto. Los presos fuimos distribuidos entre las cuatro celdas y desde luego encerrados ahí. Me tocó compartir mi celda con don Jesús Montero y sus hijos. Al día siguiente se nos sacó al “patio”, donde pudimos conversar con algunos familiares y conocidos, inclusive con hombres de armas que intervinieron en las acciones del día doce, quienes en su mayoría nos daban explicaciones de condolencia por el hecho de tenernos encerrados. Viene el caso que de entre muchas ocurridas, narraré la siguiente anécdota: dentro del cercado de nuestro cautiverio conversaba yo, con don Jesús Montero, cuando se acerco a saludar a este señor, el “Coronel” Domingo García, (quien después fuera Inspector General de Hacienda y luego Ministro de Gobernación), después de los saludos de rigor y en mi presencia. García contó lo siguiente: “Vieras Jesús... cómo me las vi el doce”... Bueno, lo más jodido fue que en la víspera, cuando hacíamos los planes de ataque, me nombraron a mí para dirigir el pelotón que debía atacar mi casa, el resguardo. Yo me negué rotundamente, porque tenía que vérmelas con vos que eres mi viejo amigo. (¡Es que la amistad hay que respetarla!)... Entonces recomendaron atacar un punto que era un verdadero arsenal (¿?) con armas de toda clase... ¡Tuvimos que jugarlos!... ¡Nos costó dominarlos... (?¿) ¡Nos costó dominarlos... (¿?) Es aquella zapatería de los comunistas, que’sta a la par de Dimas.

Desde luego que se trataba de nuestra casa, pero el “héroe”, si notó mi presencia, no se dio cuenta de que tenía en frente al “comandante” de la defensa de aquel arsenal”. Tuve que hacer esfuerzos para ocultar mi sonrisa irónica cuando don Jesús me miró de soslayo, maliciosamente.



El 18 de marzo atacaron el pueblo de Dominical, las fuerzas de milicianos al mando del General Tijerino y de Carlos L. Fallas. Esa zona era defendida por un piquete de milicianos ulatistas, al mando de Benjamín Odio, (q.e.p.d.), las cuales hicieron abandono del lugar estimando que las fuerzas del contrario eran superiores a las de ellos.

Luego en el Alto de San Juan (situado en la inmediación del camino Dominical-San Isidro), aprovechando la altura como punto estratégico, tratando de hacerse fuerte preparándose para infringirles algún daño. Me contaba después ya en cautiverio, un miliciano trabajador bananero, apodado Juan Diablo (creo que de apellido Espinoza), que cuando esos trataron de hacerse fuertes en el Alto de San Juan, “habían minado el camino, o sea un sector tal vez de unos cien metros, yo avanzaba en la cabeza del batallón, cuando subiendo la cuesta de aquel alto, noté como escarbado el camino, de inmediato sospeché lo que se tramaba: ¡explosión de dinamita en serie! Acto seguido me tiré al suelo, y tratando de agarrar algo, jalé un alambre delgado y dándole fuerte lo reventé deshaciendo el contacto con la dinamita por donde venía ya el batallón; en eso se dieron cuenta los jodidos esos del plan mío y de una vez metieron el contacto y se vino la explosión. Claro, como yo había cortado los hilos, reventaron nada más las de adelante”. “Juan Diablo” sufrió algunas quemaduras y ligeras heridas, al ser alcanzado por pequeños proyectiles arrancados del suelo por la explosión. Después, él mostraba los rasguños en su cara y otras partes del cuerpo, a manera de orgulloso trofeo por haber salvado a costa de arriesgar la suya, muchas vidas ajenas. Lo anterior fue atestiguado por muchos camaradas suyos que lo vieron y que en esos días de su narración guardaban prisión junto con nosotros (a mediados de abril) en un campo de concentración de San Marcos de Tarrazú.

Volvamos al Alto de San Juan, donde después de la explosión, luego de cruzarse algunos tiros, fueron dominados por los allí parapetados, cayendo algunos de éstos en poder de Carlos L. Fallas, entre los que se encontraba un joven de apellido Ortuño (Fernando Ortuño). Por boca de aquel joven ese mismo día supimos que él junto con otros camaradas suyos, fueron puestos en libertad, después de haber recibido un trato muy humanitario de parte de sus contrarios, amén de que de parte de Fallas fueron obsequiados con cigarrillos y algún otro menester.



Esa tarde también, por boca de Benjamín Odio, nos dimos cuenta de que: “abandonamos Dominical porque las fuerzas del Gobierno se componen de tres o cuatro mil hombres armados hasta los dientes”... Después nos narró algunos pasajes de su retirada que no los guardo bien hilvanados en mi diario.

Aquella misma tarde, hacia el crepúsculo, el alto mando de los ulatistas, en visita de aquella primera derrota y de los alarmantes informes de la “superioridad” de las fuerzas de Fallas y Tijerino, decidió abandonar San Isidro. Lo abandonaron. No me di cuenta si ésto fue una maniobra, para luego volver en táctica envolvente y así encajonar a los que avanzaban una vez que entraran al Centro, o si por hacerse fuertes en Dota y así poder continuar la lucha.

Los presos quedábamos ahí, tanto los de la cárcel como los del Teatro General. Algunos de los hechos que sucedieron a aquello, guardan alguna importancia; uno, especialmente, que creo contribuyó bastante en el triunfo del que luego llamaron: “Ejército de Liberación”, además de los errores que cometió el Alto Mando de los del Gobierno. Los efectivos que dejaron en San Isidro fueron unos seis hombres de los cuales dos cerca de los calabozos, por cierto conocidos de todos nosotros: Marcial Garbanzo y Alonso Navarro, vecinos y comerciantes del lugar. El primero se acercó llorando donde nosotros diciéndonos: ¡No ven que’ste atajo de cobardes juep... apenas vieron la cosa jodida nos abandonaron!... Yo me voy pa’ mi casa... Pa’ que quiero este condena rifle!... Les voy a’brir pa’ que hagan lo que quieran...” (a la vez que hacía ademán de abrir el portón de la cerca). Por razones de seguridad y por la incertidumbre no estuvimos de acuerdo en que abriera.

Ya noche, a eso de las siete, un joven campesino, creo que de apellido Hidalgo, irrumpió frente a nuestro encierro adonde aún estaban nuestros dos carceleros, e iracundamente se dirigió a ellos: “¡No joda don Marcial!”... ¿No ve qué pendejos?... ¡Carajos!... ¡Vengo del Bajo’e la Palma, de’haí del orilla del río... estuve espiando los mariachis comun’hora... Ah no joda!... no son ni doscientos... y aquellos carajos diciendo que’ran miles!... ¡Pendejos, horita mismo me las pinto pa’arriba, pa’que se den cuenta y que se vengan pa’cerles frente a esos juep... mariachis!... En verdad, montó su caballo y partió. Mientras los de Tijerino acampaban en la orilla sur del río de La Palma, sea el Bajo de la Palma, como se denominaba un pequeño caserío, distante unos cuatro kilómetros al sur este de San Isidro.



Apunto como un error, el que éstos no enviaron una avanzadilla o algún vigía para cerciorarse de la situación. Creo también que de haber continuado avanzando, hubiesen tomado San Isidro sin disparar un solo tiro. La noche transcurrió sin novedad, sin pasos, ni voces, ni motores... Paz absoluta.

Así nos sorprendió el nuevo día. Sólo uno de nuestros carceleros nos custodiaba de larguito, como quien no quiere la cosa. A las nueve de la mañana apareció un camión (cazadora) con unos hombres armados, entre quienes destacaba el joven campesino que había partido en pos de ellos la noche anterior. Venían al mando de un oficial de la Legión Caribe, diz que era el Dr. Ramírez, hombre moreno, grueso, de mediana estatura, anteojos oscuros, portaba además de armas una enseña de la Cruz Roja en uno de los brazos. En aquel vehículo fuimos montados Rómulo Salas, quien escribe y 10 compañeros, doce presos fuertemente custodiados, que rumbo no sé dónde, nos condujeron.

En el trayecto por una conversación que algunos escuchamos de dos de nuestros custodios nos enteramos de que marchábamos rumbo al “paredón”. A unos diez minutos de marcha en el lugar llamado La Piedra, al noroeste de San Isidro, detuvieron el camión, luego de algunas palabras cruzadas entre Roberto Madrigal (preso) y el Doctor bajaron ambos a la carretera. Estando en su plática arriba en un recodo del camino, apareció un camión de carga muy grande, (creo que de marca Reo). Asomaba en el techo de la cabina una inmensa ametralladora “Maxim”, a la que venía asido el Teniente Holmes y a su lado dos oficiales más de la Legión y otros hombres, también armados. Estos detuvieron su avance. Mientras el “doctor” parlamentaba con los oficiales del pelotón del encuentro, ya Madrigal, acomodado en nuestro camión, nos contaba que: “Por no sé qué, descubrí que el Dr. Ramírez era Masón. Luego de identificarme, por pedimento mío, acordaron no fusilarnos y volver de nuevo a San Isidro, ya que el ejército del “hermano masón” regresaba a recuperar la plaza”... En efecto así fue.

Aparecieron los primeros tractores de oruga, convertidos en tanques de guerra, en los talleres de la compañía constructora de la “Interamericana”, a la vez que colocaban banderas de los EE.UU., en las tapias y postes de sus planteles. Con tiempo suficiente para prepararse lo mejor posible, sin más novedades... Los mariachis no aparecieron!... amaneció igual.



Era aquello para algunos, una tregua desesperante, hasta que aquella mañana del 20 de marzo a las siete de la mañana se rompió la tregua. Nosotros desde la cerca de la prisión pudimos observar dentro de unos potreros como a doscientos metros, “los potreros de las Valverde”, pasar uno que otro mariachi, figuramos que en maniobra envolvente. En un momento dado, fueron avistados por sus contrarios, armándose de inmediato el tiroteo que sin cesar un solo instante, continuó hasta las cinco de la tarde, seguido de pequeñas treguas durante toda la noche. El día anterior había sido muy agitado; aviones del gobierno, bombardeando y ametrallando. Aquello fue un bullicio salvaje... Bombazos, balazos... Estallar de granadas, gritos, silbidos... Ayees.

Las balas zumbaban a nuestro alrededor y de vez en cuando un estrépito ensordecedor del chocar de una bomba sobre el suelo, tal vez a cincuenta metros de donde nosotros, o a cien, ¡quién sabe a dónde! Nos cobijaba con una bocanada de aire. Más silbares en el aire y en el suelo... arriba, el tararear de las metrallicas de los aviones distinguíase de las de tierra, por la acústica impresionante que el espacio producía allá en lo alto. Tirados boca abajo, en el piso, desde las rendija de nuestras celdas de madera, cruzadas por más de una bala, más de una vez observamos a un mariachi llamado Capitán Leiva, correr a caballo frente a algunas trincheras de la plaza, disparando y vociferando a sus contrarios, tal parece, que por efecto del impacto de una granada lanzada por él mismo, perdiera un ojo, aun así, no fue impedimento para que continuara en su refriega. Vimos también a algunos de los suyos hacer lo mismo, inclusive, penetrar en una sección de las trincheras, diagonal a nuestras celdas, distante unos cuarenta metros, y luego salir, para irse a ocultar entre las enramadas de la cerca del frente de la Iglesia.

En la madrugada del segundo día arreció la batalla. Otra vez, llegando a las claras, a eso de las cinco y treinta, el mismo o más fragor que el día anterior, era algo desesperante!... Sin poder movernos, tirados en el suelo, sin ningún alimento desde cerca de treinta horas, más la emoción del momento, no pudimos conciliar ni un segundo de sueño. La batalla de San Isidro continuaba arreciando. Muchos muertos, heridos, y muchas acciones heroicas de ambos bandos. Más o menos a las doce del día, el combate fue perdiendo fuerza; algunas cortas treguas... más prolongadas... más y más... apenas uno que otro disparo... Ya algunos de los



atrincherados salían de sus posiciones. A las dos de la tarde, uno que otro disparo lejano venía a turbar el silencio de paz. Uno de esos balazos, el último de aquella contienda, fue para “asesinar” a un mariachi, que con las manos en alto, desarmado, saliendo de debajo del piso de la Jefatura Política, a cinco o seis metros de nosotros, se rendía, pero al verlo un contrario, le disparó su Máuser “a quema ropa”. Diz que muchos fueron muertos en esa forma.

Comenzaba a cerrarse otro capítulo de la guerra civil del 48, tal vez el más importante de todos. Decíase que la deuda de vidas ascendía a más de doscientas. Ya Fallas iba en retirada... Nunca les llegó la ayuda del Gobierno!... ... Un batallón compuesto de doscientos veinticinco hombres, milicianos, al mando de Tijerino y Fallas, de los cuales ciento veinticinco improvisados carabineros armados de antiguos rifles Remington, seis con ametralladoras Mendoza de disco, dos con mosquetones, y el resto con sus cuchillos linieros” y con la consigna de: “si quieres una arma, arráncasela al enemigo”!...

Mientras Tijerino con su lugarteniente cubría la retirada, Fallas comandaba los despojos de su batallón hacia la ruta que lleva a Buenos Aires de Osa.

A la altura del lugar llamado Los Chiles, a unos cinco kilómetros al este de San Isidro, a la par de un frondoso árbol enclavado en el camino, Tijerino fue alcanzado por una bala, (diz que perdida), siendo fulminado en el instante. Esa misma tarde su cadáver fue trasladado al centro, con honores militares y frente a la Iglesia un batallón del “Ejército de Liberación” disparaba una salva en su honor. Luego fue sepultado en el cementerio local situado cerca de los planteles de la Ralph Mills, donde aun flameaban las banderas de los E.E.U.U., que protegieron a sus contrarios y desde donde con su ametralladora Maxim de sitio, asentada en lo alto de una pared y desde donde su vista dominaba todo el pueblo, sembró la muerte de su batallón.

Pocos días después, fuimos trasladados a Santa María de Dota, luego a San Marcos de Tarrazú y por último a la Cárcel de Cartago, en donde el Primero de Mayo, junto con mis dos hermanos, fuimos puestos en libertad y nos dirigimos Aranjuez de San José nuestro lugar de origen, en donde ya estaban refugiadas nuestras familias.

Hasta hoy no hemos vuelto a San Isidro, por lo tanto, lo que sucedió después de aquel capítulo, sólo de oídas lo sé... diz que: venganzas de los victoriosos,



linchamientos, saqueos en las que nuestra hacienda sufrió los peores azotes. De lo que fue floreciente industria del cuero, levantada en siete años de trabajo y privaciones, sólo quedaban dos máquinas medio destruidas, algunas hormas de calzado y la antes nueva edificación, semi-destruida, y mis hermanos y familia con el único haber: de la ropa que llevábamos encima... ¡eso sí, todos vivos!

Franklin Chacón Estrada

1973







